

efecto. Los emigrados, con sus fanfarronadas y vanas promesas, se habían enajenado la confianza de Europa, y con su fanático horror, que no se cuidaban de ocultar; á todo régimen libre y constitucional, habían lastimado especialmente á Inglaterra. Pero Puisaye, exdiputado de la Constituyente y amigo de los girondinos, era la persona más adecuada para vencer los escrúpulos de los ministros ingleses en punto á las cuestiones políticas, y así, no tardó en captarse la confianza de Pitt y de Wyndham, ministro éste de la Guerra. Los tratados de Jaunaye y de la Mebilais no le desconcertaron, seguro de que, no bien se presentase la flota inglesa en las costas de Bretaña, todo el país se levantaría como un solo hombre. Lo que debió haberle desconcertado, si lo hubiese meditado bien, fué que la misma protección inglesa le incapacitaba de representar á toda la emigración, á la sazón más dividida que nunca. Los dos hermanos de Luis XVI tenían cada uno su partido, y no había modo de que se entendiesen. El conde de Artois, hallándose en San Petersburgo á principios del noventa y tres, recibió de Catalina II una espada; un millón y un navío para bajar á la Vendée, en lo que apenas se ocupó. Débilmente pidió para esta misma empresa apoyo al gobierno inglés, y satisfecho de no haberlo obtenido, se retiró en la Alemania del Norte, donde continuó bajo el pabellón de Inglaterra, hasta la paz entre Prusia y Francia. Su hermano mayor, Monseñor, el exconde de Provenza, que hasta la muerte del joven cautivo del Temple se tituló regente del reino, se había establecido en Verona, y tanto él como su corte eran al revés de Artois, hostiles á Inglaterra, y fundaban sus esperanzas en las insurrecciones realistas del interior más que en el apoyo de las potencias extranjeras. Sus partidarios, en medio de la sarta de intrigas y enredos, con frecuencia indecorosos, que á diario tejían; conservaban algún resto de sentimiento nacional; detestaban á Pitt, que sólo aspiraba á la ruina de Francia, y odiaban á Puisaye, considerándole como agente de Pitt. No por esto cejó éste en la empresa de proporcionarse medios para la realización de su plan, siquier fuesen estos lesivos á su patria. Bien lo demostró en el hecho de apelar para costear los gastos de la insurrección y desacreditar la República, á la fabricación de falsos asignados. La industria no era nueva en Inglaterra, donde había de algún tiempo atrás fábricas de falsos asignados, consentidas ya que no protegidas por el Gobierno, y una de las cuales había sido denunciada con indignación por Sheridan en la Cámara de los Comunes, el mes de Marzo del noventa y cuatro. Antes de partir para Inglaterra, Puisaye había convenido con los jefes realistas bretones crear un papel-moneda enteramente semejante á los asignados de la Convención, sin otra diferencia que un signo secreto que sirviese para reconocerlos y reembolsarlos el día del triunfo. Una vez en Londres, llevó á la práctica el acuerdo con grande escala, fabricando falsos asignados á razón de un millón, luego de dos millones y aun más por día, y mandándoles en grandes cantidades á Bretaña, con encargo expreso á la Junta realista de que los esparciese con profusión. En la fabricación de este papel se empleaban, con autorización del obispo de Dol,

buen número de sacerdotes refractarios refugiados en territorio inglés; indignidad manifiesta, de la que protestó otro prelado bretón el obispo de Saint-Pol de León, declarando que los príncipes de la Iglesia no tienen potestad para autorizar falsedades y retirando las licencias eclesiásticas á los sacerdotes falsarios pertenecientes á su diócesis. Este diluvio de falsos asignados fué desastroso para Francia, aunque no tanto como Puisaye afirma en sus *Memorias*, en las que se gloria cínicamente de haber arruinado en un instante el papel de la Convención, es decir, de haber arruinado á la población que poseía este papel.

Cuando Puisaye tuvo el terreno preparado y juzgó llegado el momento oportuno, combinó el plan de ataque de acuerdo con Pitt. Sabedor de que la Vendée exhausta era incapaz de seguir desempeñando el primer papel, pensó que el nuevo centro de la insurrección debía ser la Bretaña, de donde se propagaría la rebelión por el Maine, la baja Normandía y más allá, y eligió por base de operaciones el Morbihan. De uniformes, municiones y armas se hizo un acopio inmenso, y se invitó á los emigrados dispersos en toda Europa á reunirse en los puertos de Inglaterra, para concurrir á la expedición. De todas partes acudieron gentes. El conde de Gervilli reunió unos mil quinientos hombres en Cowes, costa de la Mancha, y el coronal inglés Mesbitt alistó otros tantos en Alemania. Puisaye ideó formar siete regimientos de emigrados, á sueldo de Inglaterra, vestidos con el uniforme rojo de los ingleses, pero con la bandera y escarapela blancas. Para reforzar estos reclutas, Pitt concibió el funesto pensamiento de agregarles los prisioneros de guerra franceses detenidos en Inglaterra, y como de Hervilli, viejo soldado y realista inflexible, tachase de sospechosos estos elementos, el gran ministro contestó que en la guerra no había que ser tan escrupuloso; y en su virtud, más de seiscientos prisioneros fueron incorporados á las tropas de embarque. Aun con éstos, pareciéndole á Puisaye pequeño el efectivo de los siete regimientos, solicitó un cuerpo de tropas inglesas, lo que le negó Pitt, decidido á no aventurar en esta empresa más que emigrados.

Mientras Puisaye preparaba la expedición realista en los términos que acabamos de ver, el hambre seguía haciendo estragos en París y concitando al pueblo contra la Convención, que pasó ahora por la más horrible crisis de su agitada historia, la crisis de veinte de Mayo. En los primeros días de este mes, la ración de pan se redujo de nuevo, no repartiendo la mayor parte de los panaderos más que media libra, y los otros, sólo un cuarterón. Cundió, al mismo tiempo, el rumor de que sucumbían diariamente unos mil soldados en las fronteras, más que por las fatigas, por el mal alimento y la falta de asistencia. Un padre de familia, en el colmo de la indignación, arriesgó su libertad y su vida gritando con todos sus pulmones: «¡Viva el rey! ¡Viva Luis XVIII!»; y su mujer, viendo á su marido furioso y á sus cuatro hijos sin pan durante dos días, se trastornó, se arrastró por el arroyo, «aporreándose la cabeza y mesándose los cabellos, y luego, de repente, se levantó furiosa para arrojarse al agua». En todas partes se oían pala-

bras amenazadoras. «¿qué hace, pues, el Gobierno, se gritaba, con el grano que llega? ¿Lo almacena para nutrir las tropas que vienen á París? No hay que creer en las proclamas ni en las comunicaciones leídas en la tribuna, que no son más que quimeras». La situación empeoró todavía á partir del cinco de Mayo. La ración de pan siguió disminuyendo de día en día, hasta bajar el ocho á tres onzas, con la grave circunstancia de que ni esta pequeña cantidad podían proporcionarse muchas gentes. Porque las panaderías eran asaltadas, y como el sistema de reparto por orden de número hacía perder mucho tiempo, varios panaderos dejaron de observarlo, y entonces la victoria fué de la violencia, llevándose el pan los fuertes y quedándose sin alimento los que más lo necesitaban, los débiles. Un dolor intenso, profundo, que sumía á unos en el abatimiento y empujaba á otros hasta la exaltación, se apoderó de toda la ciudad. La comisión de Policía, la más alta autoridad en la materia, dirigía á los comités de gobierno apremiantes reclamaciones. «Las madres de familias, escribía, las mujeres en cinta están traspasadas de aflicción y se caen de debilidad. No hay pan, se dice, no hay leña, no hay carbón. El público repite que se tiene el propósito de hacer morir á los parisienses de miseria, y que la próxima cosecha está ya vendida. El precio enorme de todos los artículos, el envilecimiento casi completo de los asignados, la infame especulación de los vendedores y compradores de plata y mercancías de toda especie, de esos agiotistas y contratistas llamados vampiros del Estado, todos estos azotes reunidos anuncian una fermentación sorda, que no dejarán de explotar los malévolos, para extraviar al pueblo y arrastrarle á movimientos peligrosos que urge prevenir». Muestran el grado de irritación popular los carteles que el ocho de Mayo aparecieron fijados en varias esquinas, con la amenaza: «Si dentro de tres días no se nos da más pan, París será reducido á cenizas».

Fecha culminante fué el nueve de Mayo. En este día y en los siguientes, se vió, por testimonio unánime de los inspectores, á los hombres sucumbir de hambre en todas partes, como moscas. El aspecto de París en este período es indescriptible, por lo sombrío y salvaje. En todos los cuarteles, en los jardines públicos, en las plazas y en las calles, se formaban á toda hora numerosos grupos de artesanos y obreros, en cuyos pálidos semblantes se veían pintados el dolor y la consternación, y cuyas monótonas conversaciones versaban sobre la escasisima ración de pan. Las mujeres presentaban dos aspectos distintos: «Las unas, abatidas y consternadas, los ojos bañados en lágrimas, se lamentaban de su angustiada situación y de la de sus pequeñuelos, pero sin exaltarse; las otras como furias, provocaban á los hombres á la rebelión y al saqueo, injuriaban, maldecían y gritaban...: Mejor sería morir batiéndose que languidecer así». El once de Mayo fué menester en varias secciones llevar socorro á muchos desgraciados extenuados por la necesidad, al punto de no poder tenerse en pie. Observóse entonces, por primera vez, un fenómeno conmovedor, aunque natural é inevitable: el hambre empujó al suicidio. Un ciudadano llamado

Mottet, reducido á la desesperación por la carencia de alimento, se cortó el cuello. Una mujer que no tenía pan para su niño, se lo ató á la cintura y se arrojó al Sena. Un ciudadano llamado Droon, á quien no se había visto hacía veinte días, fué hallado muerto en un sillón, putrefacto y roído por su perro. En la sección de Gravilliers, dos hombres murieron de inanición en la calle; otro se cortó el cuello, y un cuarto apareció muerto en su lecho. El día diez y seis, cayéronse por las calles de debilidad gran número de personas y se recogió un cadáver.

¿Qué medidas adoptó la Convención para conjurar tan extrema calamidad? Ninguna. Las tomó, en cambio, para agravarla. Había prometido el tres de Enero, por una ley, no desmonetizar más asignados, y ahora, el diez y seis de Mayo, decretó que los pequeños asignados reales de cinco libras en adelante dejaban de ser moneda, como si dijéramos, se anulaban, y solamente se recibirían durante tres meses en pago de bienes nacionales ó de billetes de lotería, y los de cinco libras también en pago de la contribución. Este decreto fué como un rayo para los poseedores de esos pequeños asignados, que eran cabalmente los pobres. Bien lo advirtió el diputado Laporte: «Os consta que esta pequeña moneda está principalmente en manos de la clase menos acomodada, y al desmonetizarla, perjudicáis á esta útil cuanto desgraciada clase, al par que proporcionáis un nuevo medio de especulación á los agiotistas. Si votáis este decreto, descargáis un terrible golpe sobre el indigente, que, no teniendo más que un asignado de cien libras, lo presentará mañana para pagar el pan, y no recibíendosele, tendrá que recurrir á un agiotista, que le impondrá un descuento considerable». Y así fué. El diez y siete de Mayo, los pequeños asignados reales perdieron el veinte por ciento, y se vió á los vampiros y sanguijuelas reunirse, en mayor número que nunca, en el jardín del Palacio real, y entregarse á la especulación «con una rapidez inconcebible», principalmente sobre los asignados que acababan de ser desmonetizados. La baja alcanzó á todos los valores. Del siete al diez y nueve de Mayo, los asignados republicanos descendieron de diez á ocho, y el veinte, á siete, y en esta proporción se encarecieron todos los artículos.

¿Habrá quien se admire de que, en esta situación, las excitaciones de los partidarios de la Constitución del noventa y tres reclutasen adhesiones y simpatías? No había, ni mucho menos, solidaridad ó identidad entre los políticos adversarios de la Convención y los descontentos. Aquéllos eran un grupo, un puñado; los otros, la inmensa mayoría de la población. Terminantemente lo decía la policía: «No es posible prender á las personas que juran contra el gobierno, porque habría que prender á más de la mitad de los habitantes de París». En lo que menos se ocupaban estos habitantes era en la Constitución del noventa y tres; querían simplemente que desapareciesen el hambre y el papel-moneda. Mas lo querían con tal vehemencia, que muchos estaban decididos á todo, hasta á sublevarse, con tal de obtenerlo, y en este punto se encontraban con el grupo de los políticos, los

cuales no dejaron piedra por mover para ganárselos, convencidos de que dominarían la situación si una parte solamente de ellos consintiese en seguirles. ¿Y quiénes eran estos políticos? Los jacobinos y montañeses, diríamos con casi todos los historiadores, si nos guiásemos por las personas en quienes los vencedores vengaron luego el atentado á la Representación nacional; pero si observamos que en el manifiesto de los insurrectos no se hace mención de los diputados montañeses encarcelados ó deportados; si reparamos en que, en ningún momento de la jornada, se descubrió en los sublevados propósito de disolver la Convención, ni de satisfacer odios ni venganzas, ni siquiera de derramar sangre, habiéndolo sido meramente casual la muerte de Feraud; si nos fijamos, por último, en que el grito constante, desde el principio al fin, fué «Pan y la Constitución del noventa y tres», no podemos menos de rechazar como improbable que los directores del movimiento fueran los jacobinos ni los montañeses. ¿Quiénes pudieron ser, entonces? Los babuistas, que, desde el día siguiente al golpe de Thermidor, se declararon fervientes partidarios de la Constitución del noventa y tres, sin que mengüe un ápice la fuerza de esta opinión el respeto que en el documento se impone á la propiedad, puesto que ese mismo respeto había recomendado Babeuf varias veces en su periódico. De todos modos, es cierto que no tuvo parte alguna en la preparación del levantamiento la izquierda de la Convención. El día diez y ocho, circularon en París, rumores alarmantes. Decíase que los representantes acababan de elevar su indemnización á ochenta y cuatro libras, pagaderas la mitad en numerario; añádase que á los empleados de la Administración que habían pedido mejora de sueldo se les había contestado con la frase brutal: «El que no esté contento que se vaya, no faltará quien sirva»; se aseguraba, en fin, que «si no se aumentaba la ración de pan, el barrio de San Antonio se levantaría en masa el primero de Pradial, y comprometería á todo París á seguirle». Nada se sabe acerca de la exactitud de los dos primeros rumores; el tercero se realizó literalmente. La insurrección, de esta suerte anunciada el diez y ocho, se preparó el diez y nueve, en que la ración de pan se mantuvo en la exigua cantidad de dos onzas, y estalló el veinte de Mayo del noventa y cinco, primero de Pradial del año III.

Desde las cinco de la mañana, la generala y el somatén llamaron á las armas á los habitantes de los barrios, y numerosos grupos se formaron en todas partes, siendo arrastrados los hombres por las mujeres y los niños. El primer acto de las turbas fué invadir los comités civiles de las secciones é intimarles suministrar pan al pueblo. «No lo tenemos», contestaron éstos. «¡A la Convención!», gritaron los insurrectos. Pegóse en las esquinas de las calles un cartel, en cuya cabeza se leía: «Respeto á la propiedad»; y á continuación: «Insurrección del pueblo para obtener pan y reconquistar sus derechos». En este manifiesto culpábase al gobierno de la miseria pública y de los degüellos en las cárceles del Mediodía; se decretaba, en nombre del pueblo, que los ciudadanos y ciudadanas de todas las secciones concurriesen en masa, de todas partes, á la Convención, «en un desor-

den fraternal», con el objeto de impedir que el gobierno siguiese guiando al pueblo «como un rebaño, por jefes vendidos que le engañaban». Lo que los ciudadanos y ciudadanas pedían á la Convención era: primero, pan; segundo, abolición del gobierno revolucionario, cuyas facciones abusaban cada una á su vez; tercero, inmediato restablecimiento de la Constitución democrática del noventa y tres; cuarto, el arresto de los individuos de los actuales comités de gobierno; quinto, la libertad de los ciudadanos detenidos por haber pedido pan y emitido sus opiniones con franqueza; sexto, convocatoria de las Asambleas primarias el veinticinco de Pradial, para la renovación de todas las autoridades; séptimo y último, convocatoria de una asamblea legislativa en reemplazo de la Convención, el veinticinco de Messidor. Se mandaba «guardar á la representación nacional el respeto debido á la majestad del pueblo francés», pero castigar «como enemigo del pueblo» á todo agente del gobierno que no abdicase inmediatamente sus funciones é intentase oponerse á las medidas indicadas. Las personas y las propiedades se ponían bajo la salvaguardia del pueblo. A las ocho, los comités de gobierno mandaron tocar el tambor llamando á la guardia nacional para defender á la Asamblea; pero los batallones no se reunieron sino perezosamente. A las once, la Asamblea se constituye en sesión; en las inmediaciones de las Tullerías reina aún la calma; en las tribunas, mujeres furiosas impiden con sus risotadas y chillidos á los diputados entenderse. Uno de éstos consigue leer el cartel, que presenta como el plan de la insurrección, y de las tribunas le contestaban con gritos amenazadores. Otro diputado exclama: «La Convención sabrá morir en su puesto», y la Asamblea se levanta á una jurando cumplir esta palabra. Suenan ahora en las tribunas aplausos contrarios á los primeros. La Asamblea declara fuera de la ley á los jefes de grupos, y dirige una proclama á los ciudadanos de París. Varios diputados se suceden en la tribuna; las mujeres no les dejan hablar. Reemplaza á Vernier en la presidencia Dumont, que había presidido el doce de Germinal. El desorden continúa, la Convención se halla sin fuerzas para imponerse. Por una parte, la guardia nacional no acaba de reunirse en las secciones; por otra, la *Juventud dorada* se halla entretenida en los cafés, discutiendo si no eran jaos más peligrosos los individuos del Comité de Salvación pública que los obreros del barrio de San Antonio. En este desamparo, el Presidente tiene la feliz ocurrencia de decir á un general que se hallaba por casualidad en la barra: «General, os intimo á que veléis por la representación nacional; os nombro comandante provisional de la fuerza armada». El general sale en busca de fuerza, y á los pocos instantes vuelve con una escolta de fusileros y de jóvenes armados de látigos, y á latigazos echa á la calle á las mujeres de las tribunas. Hasta aquí el preludio de la jornada.

Atronador ruido, como de huracán, se oye en el lado izquierdo; las puertas oscilan, crujen, se abren, é invade el salón torbellino de mujeres mezcladas con hombres armados de semblante pálido, macilento, desencajado, aire feroz, mirada extraviada y con el insul-